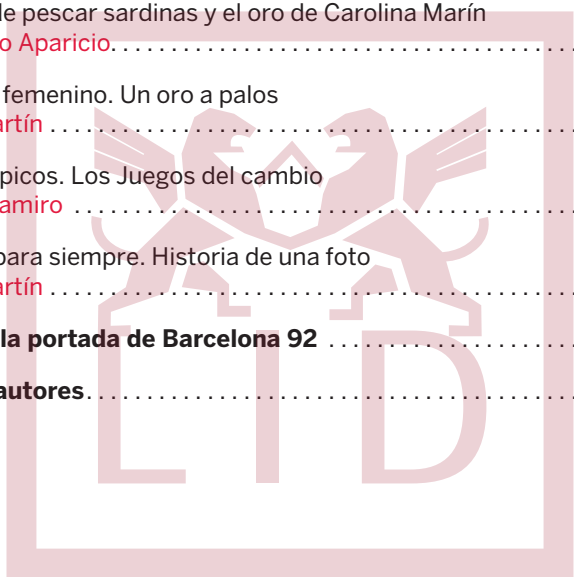


Índice

Prólogo de Juan Antonio Samaranch	7
Agradecimientos	9
1. Barcelona 92: razones de una victoria Natalia Arriaga	11
2. Un invento llamado ADO Olga Martín	21
3. Los Juegos que cambiaron los Juegos Natalia Arriaga	33
4. Los Juegos que necesitaron un nuevo mapa Juan José Lahuerta	43
5. Barcelona entra en la modernidad Álex Santos	53
6. El legado deportivo. El método Paszczyk y doce botellas de Carlos I Olga Martín	75
7. La antorcha: la guardiana de los sueños olímpicos Lucía Santiago	85
8. Un flechazo, de Cobi a Freddie Mercury Ginés Muñoz	93
9. Los voluntarios. El alma de los Juegos David Ramiro	115
10. El efecto mariposa. De Miriam Blasco a Mireia Belmonte Lucía Santiago	123
11. José Manuel Moreno: el primer oro salió de la madera de Camerún Carlos de Torres	135

12. Fermín Cacho, los entresijos de una proeza José Antonio Diego	151
13. Miera, Solozábal y el triunfo de los antihéroes Óscar González, Luis Villarejo, José Antonio Pascual y Kiko Narváez	161
14. Miki Oca, plata amarga en la piscina Picornell Francisco Ávila	185
15. Baloncesto, un equipo de ensueño y la pesadilla del Angolazo Miguel Ángel Moreno	193
16. Voleibol: Rafa Pascual y el consejo de su padre Viruca Atanes	211
17. La red de pescar sardinas y el oro de Carolina Marín Santiago Aparicio	223
18. Hockey femenino. Un oro a palos Olga Martín	237
19. Paralímpicos. Los Juegos del cambio David Ramiro	253
20. De oro para siempre. Historia de una foto Olga Martín	263
Así se hizo la portada de Barcelona 92	273
Galería de autores	277



Prólogo

Tuve el honor de vivir los Juegos Olímpicos de Barcelona 92 como un espectador privilegiado. Para nuestra familia fueron de principio a fin un momento mágico. Puedo asegurar que mi padre era un hombre completamente feliz después de la ceremonia de clausura.

Aquel evento fue el mejor ejemplo de lo que se puede conseguir cuando toda la sociedad y sus representantes políticos reman en una misma dirección. Muchos países, como China, tomaron después ese ejemplo como referente de las oportunidades que ofrece el Movimiento Olímpico de cambiar una sociedad.

Barcelona 92 dejó en la ciudad un legado incuestionable en infraestructuras físicas, con la mejora de las rondas, las playas, el aeropuerto o las nuevas instalaciones deportivas, entre otros muchos ejemplos. Pero creo que, sin duda, el legado más importante de aquellas celebraciones fue el cambio de percepción en España de quiénes somos y qué somos capaces de hacer.

Veinticinco años después, estoy convencido de que los barceloneses, los catalanes y los españoles somos mejores y estamos más seguros de nosotros mismos, individual y colectivamente, gracias a los Juegos de Barcelona 92.

Juan Antonio Samaranch Salisachs,
vicepresidente del Comité Olímpico Internacional



Agradecimientos

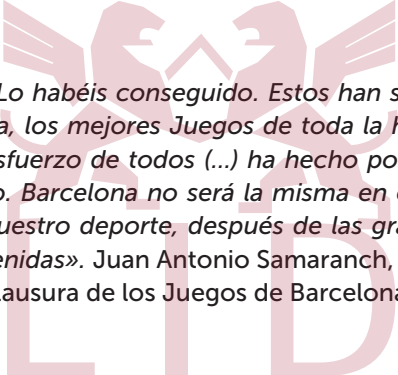
Los autores de este libro desean expresar su agradecimiento a las siguientes personas e instituciones, sin cuya colaboración no hubiera sido posible:

El Corte Inglés, Javier Mercado, Goyo Acevedo, El Ganso, Alberto Cebrián, Joma, Jesús Martínez Velasco, Miguel Hernández, Juan Antonio Samaranch Salisachs, Comité Olímpico Español, Manuel Fonseca, Pedro Palacios, Pere Miró, Richard Pound, Franco Carraro, Eduardo Paes, Miriam Blasco, Almudena Muñoz, Theresa Zabell, André Ricard, Bruno Ricard, María José López, Maialen Chourraut, Rocío Fernández, Museo de la RFEF, Pepe Díaz, Lissette Ricardo, Bianca Worbes, Sonia Graupera, Quique Iglesias, Inmaculada Palencia, Gabriel Merello, Juan Carlos Galindo, Gema Hassen-Bey, Luis Leardy, Alberto Jofre, Javier Salmerón, Purificación Santamarta, Javi Conde, Antonio Henares y todos los que hicieron posible en aquellos Juegos el cambio hacía un nuevo modelo de deporte para personas con discapacidad; a Alejandro Lifschitz, Marta Téllez, Andrea Montolivo, Sandra Aguilar y Ruth Rodero.



BARCELONA 92: RAZONES DE UNA VICTORIA

NATALIA ARRIAGA



«Lo habéis conseguido. Estos han sido, sin duda alguna, los mejores Juegos de toda la historia olímpica. El esfuerzo de todos (...) ha hecho posible este gran éxito. Barcelona no será la misma en el futuro. Tampoco nuestro deporte, después de las grandes victorias obtenidas». Juan Antonio Samaranch, en la ceremonia de clausura de los Juegos de Barcelona.

Primavera de 2017. Las primeras decisiones de Donald Trump, las consecuencias del inminente *brexit* y la crisis de los refugiados se pelean por abrir los informativos. En este mundo inestable, 95 hombres y mujeres relacionados de una forma o de otra con el deporte reflexionan sobre la conveniencia de organizar los Juegos Olímpicos de 2024 en París o en Los Ángeles. Son los miembros del Comité Olímpico Internacional (COI), un círculo reducido, enigmático, pero que tiene en sus manos una decisión que cambiará la vida de toda una ciudad y de sus millones de habitantes. Al menos durante siete años y, si todo sale bien, quizá para siempre.

Seis de esas personas saben mejor que el resto lo que está en juego: ingresos, prestigio, puestos de trabajo, ilusiones... Seis de esas

personas han tenido que tomar muchas veces una decisión similar y han visto estrellarse a candidatas que eran favoritas y ganar a otras con las que nadie contaba. Ellos ya estaban ahí en 1986. Cuando Barcelona ganó los Juegos de 1992.

No todos la votaron. Pero Barcelona ganó de todas maneras. Tumbó el sueño de otras cinco ciudades, entre ellas la aparentemente destacada París, que tuvo en Jacques Chirac un valedor de primera. En la cúspide de su carrera política, primer ministro de la República y alcalde de su capital, Chirac fue un vehemente defensor de París ante la asamblea del COI que votó la sede el 17 de octubre en el Palais de Beaulieu de Lausana (Suiza).

«Chirac hizo un trabajo magnífico. La presentación de Barcelona fue plana y nada impresionante. Si se hubiese votado al final de las presentaciones, creo que París habría ganado. Así de bueno fue Chirac», asegura el canadiense Richard Pound, miembro del COI desde 1978, actual decano del organismo y partícipe de aquella jornada.

El peruano Iván Dibós, el italiano Franco Carraro, el húngaro Pal Schmitt, un príncipe, Alberto de Mónaco, y una princesa, Nora de Liechtenstein, son los otros miembros que permanecen hoy en el COI desde la elección de 1986.

¿Por qué, si París era la favorita y su presentación fue la mejor, ganó Barcelona? Todos los presentes coinciden en una única respuesta: Samaranch marcó la diferencia. Franco Carraro lo asegura de forma tajante: «Barcelona ganó, digamos, de manera fácil porque él fue la principal persona que trabajó para la candidatura».

La mejor campaña: ser un buen presidente

Cuando Juan Antonio Samaranch (Barcelona, 1920-2010) llegó a la presidencia del COI en 1980, la idea ya estaba en su cabeza. Él mismo lo cuenta en sus *Memorias Olímpicas* en 1979, siendo ya aspirante a máximo dirigente del organismo, se reunió con Narcís Serra, recién elegido alcalde de Barcelona en las primeras elecciones municipales

democráticas. Ambos acordaron que si el entonces embajador de España en Moscú triunfaba en su intento de presidir el COI, Barcelona prepararía una candidatura. «Silencio y trabajo» fue el pacto. En cuanto Samaranch accedió a la presidencia, el 16 de julio de 1980, la maquinaria se puso en marcha.

En 1981 el proyecto ya contaba con el apoyo de todos los grupos del Ayuntamiento de Barcelona y con el del rey Juan Carlos. Pero no con el del Gobierno central, presidido por Leopoldo Calvo Sotelo, que no veía motivo para embarcarse en esa aventura. Pidió a Samaranch que le llamara para explicarle con calma de qué iba la historia. El presidente del COI dio entonces una muestra de esa habilidad que aún hoy le aplauden todos los que trabajaron con él: el manejo de los tiempos. «Como a mí me preocupaba su escepticismo y me temía lo peor, di largas a esa llamada telefónica y no llegué a realizarla nunca», recoge en las memorias. Poco después la historia se convirtió en su aliada: en octubre de 1982 el Partido Socialista ganó las elecciones y el nuevo presidente del Ejecutivo, Felipe González, nombró ministro de Defensa a Narcís Serra. «La idea olímpica», dice Samaranch, se hizo sitio «en el seno del Gobierno».

Pasqual Maragall heredó la alcaldía; Romà Cuyàs, que había hecho un primer estudio sobre las posibilidades de Barcelona de organizar los Juegos, fue nombrado secretario de Estado para el Deporte y presidente del Comité Olímpico Español (COE); Josep Miquel Abad, exconcejal de Urbanismo, se puso al frente de la oficina de candidatura; y Carlos Ferrer Salat, presidente de la Confederación Española de Organizaciones Empresariales (CEOE), encabezó el comité de relaciones exteriores, en el que el empresario Leopoldo Rodés jugó durante toda la campaña de promoción un papel esencial: viajó por el mundo para hablar con los miembros del COI, los recibió en su propia casa de Pedralbes cuando ellos fueron a Barcelona y propició entre ambas partes una cercanía que a la postre sería definitiva. El equipo titular que debía sacar adelante esa competición estaba decidido.

Mientras tanto, desde Lausana, donde había instalado su residencia, Juan Antonio Samaranch hacía una labor diaria no directamente relacionada con Barcelona, pero imprescindible para el éxito de esta: ser un buen presidente.

La supresión de las diferencias entre deporte profesional y *amateur*, la admisión en el COI de las primeras mujeres, la creación de la Comisión de Atletas, la apertura del organismo a las federaciones internacionales y a los comités olímpicos nacionales, una nueva negociación de los derechos de televisión que permitió al Movimiento Olímpico vivir de sus propios ingresos... son decisiones de aquellos primeros años que cambiaron de arriba abajo el deporte mundial.

La nueva dimensión del olimpismo propició una insólita lluvia de candidaturas para los Juegos de 1992. Sobre todo después unos años de alarmante penuria... sospechosamente parecidos a los que se viven en la actualidad. El COI tuvo que rogar a Los Ángeles que se hiciese cargo de la organización en 1984, porque nadie estaba interesado, y para los Juegos de 1988 solo tuvo noticias de dos aspirantes, Seúl y Nagoya (Japón). Pero para los Juegos de verano de 1992 se presentaron seis ciudades (¡siete para los de invierno!). Fue la elección de las cuatro «bes»: Barcelona, Belgrado, Birmingham y Brisbane, a las que se unieron Ámsterdam y París.

Faltaban muchos años aún para que el COI prohibiera las visitas de los votantes a las ciudades candidatas. Barcelona «no era por entonces particularmente conocida entre ellos», según Richard Pound. Cuando fueron allí se encontraron «en muchos casos solo con planos, como los de la Villa Olímpica», con una preocupante falta de hoteles —que llevaría con el tiempo a la decisión de habilitar grandes trasatlánticos en el puerto como alojamiento para los patrocinadores— y con carencias en el sistema de transporte. Problemas todos ellos que no afectaban a París.

El entusiasmo como argumento

Samaranch no estaba seguro de que Barcelona fuera a ganar, pero tenía una cierta tranquilidad al respecto. Tanto que, según admitió años más tarde, una derrota de su ciudad natal le hubiera llevado a dejar la presidencia del COI. Lo tenía así decidido, pero no fue necesario. Durante los meses previos a la elección, uno de los aspectos que alimentaron su esperanza fue el retorno que le llegaba de los miembros del Comité Olímpico Internacional que viajaban a Barcelona.

«Todos salían impresionados de la unidad política en torno al proyecto, del entusiasmo y del apoyo de la gente corriente», destaca en sus *Memorias Olímpicas*. En ellas recoge ejemplos de las muestras de calor que los futuros votantes recibían en los hoteles, en las calles, en el aeropuerto. Como el inolvidable episodio en el que «el dinámico hotelero Joan Gaspart» está por la mañana dando la bienvenida a los visitantes en uno de sus hoteles y por la noche les sirve personalmente las mesas, como camarero, en una cena de gala.



Dossier de la candidatura de Barcelona 92 presentado a los miembros del COI.

«Esta exhibición de unanimidad fue el argumento más definitivo de nuestra ciudad», señala Samaranch. Decenas de miles de personas se inscribieron como voluntarias para los posibles Juegos. Toda la ciudad se volcó en el esfuerzo.

El tiempo, además, jugaba a favor de Barcelona. Cuando llegó la hora de la elección, Samaranch «se había afianzado como un excelente presidente del COI», subraya Richard Pound, «y tenía una gran influencia sobre los miembros elegidos durante su presidencia». Que eran nada menos que 25, en aquella etapa la tercera parte de los votantes.

Según Pound, realmente había solo dos candidaturas viables: Barcelona y París. Y, por lo que recuerda el decano, la mayoría de los miembros del COI probablemente pensaban que, desde un punto de vista organizativo, París sería la mejor opción. Pero «la llegada de ingresos relacionados con los Juegos había hecho la vida más cómoda a las federaciones internacionales y a los comités olímpicos nacionales y elegir Barcelona podía ser una manera de reconocer la contribución de Samaranch al Movimiento Olímpico».

En resumen: me gusta lo que hace el presidente, seamos agradecidos haciendo lo que sabemos que le va a gustar a él.

Un partido ganado antes del pitido inicial

Por última vez en la historia del COI, los Juegos Olímpicos y los Juegos de Invierno se designaban en la misma jornada. A partir de 1992 —otra decisión revolucionaria de Samaranch— ambas ediciones se celebrarían alternativamente cada dos años. Pero en ese 1986 los miembros del COI aún tuvieron que votar dos veces. Jacques Chirac se encontró ante la papeleta de tener que defender, a la vez, la candidatura de París para los Juegos de verano y la de Albertville para los de invierno, sabiendo que la victoria de ambas era imposible. «Estoy seguro de que prefería los de verano», dice Pound, aunque recuerda que también en su discurso sobre Albertville el primer ministro estuvo «soberbio».

Su compañera en el COI Nora de Liechtenstein coincide con estos argumentos: «Por un lado, Francia tenía dos candidatas; por otro, la presidencia de Samaranch tenía un cierto peso. Así que en el COI se impuso la idea de que Francia podía tener Albertville y España, Barcelona. El proyecto era bueno en general, se había visto que Barcelona valía».

Actualmente las ciudades aspirantes hacen sus presentaciones e inmediatamente se sigue con la votación. Pero entonces se esperaba al día siguiente. Un lapso de tiempo que, como reconoce Richard Pound, dio a Barcelona «una oportunidad más de hacer *lobby* con los miembros del COI y recuperar algunos de los votos de quienes habían quedado impresionados por el papel de Chirac».

Fue Pound, precisamente, quien aconsejó a Samaranch, poco antes de la sesión de Lausana, que el presidente del Gobierno Felipe González fuera incluido en la delegación que pediría el voto para Barcelona. «¿Estás loco?», le preguntó Pound cuando Samaranch le dijo que el equipo estaría formado solo por catalanes. «Francia envía a Jacques Chirac. Si te muestras tan confiado como para no mandar al líder nacional a apoyar una candidatura española, será un desastre para ti». Samaranch siguió su consejo (no tenía reparos en escuchar opiniones distintas y dejarse convencer) y gestionó la inclusión de González en el equipo.

Primero se votó la sede de los Juegos de Invierno. Fue un proceso interminable. Tras cuatro rondas eliminatorias y un desempate, Albertville, Sofía y Falun (Suecia) llegaron a la que sería votación definitiva. Se anunció entonces que una de ellas había obtenido la mayoría, aunque no se desveló cuál era. Los votantes, sin embargo, ya intuyeron quién había ganado esa elección... y quién ganaría la siguiente.

«Todos los amigos de Barcelona nos habíamos puesto de acuerdo para votar a Albertville», admite otro de los miembros del COI que participó en aquella elección, el italiano Franco Carraro. «Sabíamos que la gran adversaria de Barcelona era París, pero también sabíamos que, si ganaba Albertville, era muy difícil que una ciudad del mismo país obtuviese la organización. Sí, Chirac estuvo muy convincente en su presentación de París, pero cuando empezó la votación Barcelona ya tenía el partido ganado».

Carraro era amigo de Juan Antonio Samaranch desde los años sesenta. El italiano había practicado el esquí náutico y acudió, como jefe de equipo, a unos campeonatos del mundo que se disputaron en Banyoles. El periodista Andreu Mercé Varela le llevó un día a cenar a casa de Samaranch, del que era íntimo, y allí nació una larga y entrañable relación entre el futuro mandatario olímpico y quien luego sería presidente de la Federación de Fútbol y del Comité Olímpico Italiano, ministro y alcalde de Roma.

«Cuando Barcelona decidió presentar su candidatura a los Juegos, conmigo no fue necesario hacer nada. Yo estaba al cien por cien con Barcelona porque así me lo había pedido Samaranch», dice Carraro. El presidente del COI había incorporado a su amigo a la asamblea olímpica en 1982, en una sesión celebrada en la misma sala del Hotel Excelsior de Roma, en *via Venetto*, en la que se certificó la entrada de Samaranch al organismo en 1966. Hasta ese punto llegaba su complicidad.

No es raro, por tanto, que el italiano sostenga que Barcelona ganó precisamente porque Samaranch trabajó para ella desde la presidencia del COI. Pero lo hizo, advierte, sin que nadie percibiera que lo estaba haciendo. Jamás se pronunció públicamente a favor de Barcelona por encima de cualquiera de las otras cinco candidatas.

«Fue un presidente muy capaz, con mucha personalidad», afirma su amigo. «Cuando quería hacer una cosa, o dar los Juegos a una determinada ciudad, él sabía cómo hacerlo. Pero nadie podía decirle que no fuera neutral», advierte. «Conocía muy bien a todos los miembros del COI. Lógicamente con los latinos la relación era más fuerte, pero también sabía bien cómo tener la ayuda de los anglosajones».

«He conocido a muchas personas en mi vida con grandísimas cualidades, pero Samaranch era el Pelé o el Messi de las relaciones personales», añade. «Tenía una enorme capacidad diplomática. Conmigo hablaba de una manera, con Ana de Inglaterra de otra... sabía lo que tenía que decir a cada uno. Lo hacía correctamente, sin prometer nada».

Un derecho moral

A juicio de Carraro, en la victoria de Barcelona también pesó que «España tenía moralmente derecho» a organizar los Juegos. «Era un gran país, con tradición deportiva... que antes no habría podido aspirar a hacer los Juegos debido al franquismo. Todo el mundo apreciaba la transición de la dictadura a la democracia, el papel del rey, la alternancia entre los partidos. Se daban todas las condiciones para que España tuviera los Juegos», subraya.

Tres días antes de la elección, la explosión de un coche bomba en la plaza España de Barcelona mató al policía nacional Ángel González Pozo y causó heridas a una docena de personas. El atentado de ETA produjo dolor y, también, una lógica preocupación entre el equipo de Barcelona desplazado a Lausana. El alcalde Pasqual Maragall volvió a casa para estar con las víctimas y regresó de nuevo a Suiza para el momento decisivo. Leopoldo Rodés saludó en persona uno por uno a los votantes del COI para tranquilizarlos y prometerles que Barcelona era una ciudad segura. El tiempo le dio la razón porque, como recuerda Richard Pound, «ETA demostró no ser un problema durante los Juegos» gracias al mayor despliegue de seguridad hecho hasta entonces en España, con más de 40 000 efectivos.

El 17 de octubre de 1986 los miembros del COI se encerraron en el Palais de Beaulieu para votar. Ámsterdam fue la primera ciudad eliminada. Cayó luego Birmingham. Barcelona, que ya había ido en cabeza en las dos primeras votaciones, solo precisó de una ronda más. Se impuso con 47 votos, mayoría absoluta frente a los 23 de París, los 10 de Brisbane y los 5 de Belgrado. Lo había intentado para 1924 (perdió ante... París) y 1936 (Berlín). Hubo que esperar hasta 1986 para celebrar la concesión de los Juegos, los de 1992, «à la ville de... Barcelona».

Uno de los protagonistas de aquella jornada electoral, Jacques Chirac, se tuvo que conformar con el premio de consolación de los Juegos de Invierno de Albertville. El último intento de París, esta vez para los Juegos de 2024, ya le cogió retirado. Su ciudad, que fue olímpica en 1900 y 1924, quiere repetir cien años después de la última vez y seguro que en su proyecto hay alguna idea inspirada en los Juegos de Barcelona. Porque aquella edición se ha consolidado como una cita única y ejemplar. Otras candidatas, ganadoras y perdedoras, han intentado copiar el modelo en las décadas posteriores. Pero el éxito nunca ha sido el mismo.

Locura en bruto

Apenas 250 metros separan los números 10 y 11 de la avenida Bergières de Lausana. Cuatro carriles de tráfico y una manzana de viviendas alejan el Palais de Beaulieu, en el 10, un inmenso y funcional centro de congresos, del Château de Beaulieu, en el 11, un señorial edificio del siglo XVIII que aloja una exposición única en el mundo: la colección de *art brut* (arte en bruto) que en 1971 donó a la ciudad de Lausana el pintor francés Jean Dubuffet, creador de ese concepto artístico.

Dos mundos opuestos a un lado y otro de la calle. En la acera de los pares, un lugar para que profesionales de distintos ámbitos negocien productos, ideas y contratos. En el lado de los impares, el reflejo de un mundo ingobernable: creaciones que salieron de la mente de marginados, locos, enfermos y presos.

Fue en el Palais donde se decidió la sede de los Juegos de 1992. Por allí pasaron jefes de gobierno, hombres de negocios y alcaldes en busca del último voto, el que podía decidir el éxito o el fracaso. Un plan estudiado, sí. Pero todo aquello tuvo también un punto de locura que no habría desentornado al otro lado de la calle. El uso de nuevos materiales, el rechazo de la imitación, el seguimiento de los impulsos. Principios fundamentales del *art brut* que se pueden rastrear, por qué no, en los proyectos olímpicos. También en el de Barcelona. ¿Cómo no seguir el impulso de abrir la ciudad al mar? ¿Cómo no rendirse ante el sistema Pantadome empleado para izar sin andamios la gigantesca cubierta del Palau Sant Jordi? ¿Y cómo no considerar una locura la idea de encender el pebetero olímpico con una flecha de fuego? «Una operación artística que es completamente pura, cruda, reinventada en todas sus fases por su autor». Palabra de Dubuffet.